

La gran marca de un editor



Daniel Andrés
Chaves*

A pocos días de su defunción, cuando escribo esta reseña, y ante la próxima publicación en un par de meses de su libro, me pregunto —y con seguridad me seguiré preguntando—, ¿qué habría sido de este mundo, del mundo literario, sin una figura como la de Roberto Calasso?

Es un tanto irónico —y tal vez Calasso lo llegó a creer— que su libro *La marca del editor* se haya convertido sin duda en su marca. Si bien este libro no alcanza a reunir todas sus obras y logros, ni mucho menos su vasto conocimiento (después de todo, en boca de muchos, era considerado como la institución literaria de una sola persona), desde la mirada de un lector inocente como la mía, esta obra es un cofre que guarda la esencia pura de lo que Calasso entendía como su función en el mundo. Esta es una marca que no se edita, pero que sí reedita otras, un poco perdidas.

Ni qué hablar de la belleza de esa marca que trasciende cualquier palabra, como cuando Calasso en el primer capítulo narra el último encuentro con Bernhard, que no fue para nada un encuentro físico, sino más bien intelectual y artístico, que estuvo mediado por el último libro de este y el gesto editorial que adoptaba, que dejó antes de su muerte, y que Calasso tomó como despedida. Era esa marca que atraviesa tiempos, distancias y perspectivas.

Ficha técnica:

La marca del editor
Roberto Calasso
2014
Anagrama

* Estudiante de Creación Literaria de la Universidad Central. dchavesg@ucentral.edu.co



Sin embargo, el genio que era Roberto Calasso no podía quedarse con solo una historia para contar, y en *La marca del editor* se aprecia cómo el escritor que editaba —o, para mi gusto, el editor que escribía— decide “ojear” toda su memoria. Y evito la palabra “desempolvar”, aunque pueda concebirse mejor estéticamente, porque considero que sería un insulto a su mente prodigiosa.

Al conocer a Roberto Calasso (solo por sus libros y expresiones virtuales), siempre lo asocié a la pobre y aletargada imagen de *un puente* —ofrezco excusas— que se encontraba desmoronándose entre el borde del mundo literario antiguo y el principio del nuevo, ya que él ha sido uno de los pocos inte-

lectuales que han sobrevivido a aquel traspasso del arte en ascenso al arte en decadencia. Me refiero a lo que Calasso, presuroso, por cierto, se encargó de denominar como el paso del libro físico a lo digital, aun cuando años más tarde destacara sardónicamente el hecho de que no paraba de leer en su computadora. Por ello no se debe confundir la buena digitalización de la literatura, que resguarda el conocimiento, plantea otra perspectiva de lectura y brinda un alcance mayor que el del libro físico, con la versión distorsionada, que responde a la necesidad de la sociedad capitalista: producción masiva, venta segregacional y consumo desaforado.

En este sentido me surge una pregunta, ¿qué habría sido de la literatura en general, si no se hubiera elevado a tal punto, que aún hoy logra sobrevivir a lo que Calasso llamaría la *deportación* y *carnicería* de los libros? Mencionaba el italiano que “la literatura, ahora, o bien no es percibida en absoluto (es lo más habitual) o bien difícilmente consigue distinguirse de todo lo demás” (p. 63). Podríamos lanzar una punzada al decir que quien no hable de decadencia en la literatura en estos tiempos —y en el arte en general—, o es un ciego o un optimista. Es un hecho que el mundo de consumo y el auge de la digitalización han segregado al editor del libro y al escritor de su pasión por la escritura, lo que los

convierte a ambos en generadores de productos y no de arte. Este hecho es casi pusilánime y raya en lo ominoso, pero habría que revisar el suelo por donde han pisado los artistas y ver el de ahora, tal vez este ha sido cementado (sin posibilidades de dejar huella), o en otro caso, los artistas ya no pisan con la suficiente fuerza (ahora levitan y dicen: es arte). Sin embargo, por razones obvias, Calasso no era un optimista al escribir este libro. Él lo temía, lo profetizó y lo vivió. Ahora es una realidad visible e innegable, sin posibilidad de dar un paso atrás, y con una muy vaga de dar un paso al lado. Pero ese paso al lado termina por convertirse en una rebelión, en una marca: la del editor moderno.

Mientras tal complicidad siga estableciéndose [la del editor con el libro], la edición será un juego apasionante [...]. Pero si un día, que muchos auguran cercano, todo esto se convirtiera en superfluo [...]. Entonces sería necesario definir de otra manera el acto mismo de leer. Sin duda, se leerían otros libros. (p. 70)

Es evidente que Calasso era un editor que escribía como los mejores escritores, ya lo he dicho, y en verdad no sé si un autor es capaz de pensar en el peso de sus palabras al tiempo que las plasma en el papel. Pero, en definitiva, no se puede tener el libro de este

gran editor y escritor en las manos sin sentir un poco de nostalgia (aunque no haya vivido en esas épocas) e impotencia, al ver las marcas que se empiezan a borrar de la arena, las pocas que aún perduran como *La marca del editor*, que en su intento de no desaparecer termina creando unas nuevas, algunas con forma de huella.

Con pesar vivimos ahora mismo la realidad que Calasso tanto temía en sus líneas, aquella “condenada por una vida en donde nada se pierde y todo está condenado a subsistir, siempre disponible y sofocante” (pp. 39-40). Esa búsqueda inagotable del libro único pasó de ser la labor del editor para dejar su marca a ser una clase de recuerdo embelesado que no

cumple los designios de un mundo consumista y vacío. Ahora solo queda la sobrevivencia del arte y, más aún, la de la edición independiente.

Tal vez *La marca del editor* es un buen golpe en el rostro que necesitan muchos artistas que han sido subrogados por objetos utilitarios del mercado. Me gusta pensar eso. Intento creer que al menos gracias a ese golpe abrimos los ojos en lugar de seguirlos cerrando. Porque, si no es así, si no nos imaginamos en un mundo mejor que el anterior y no negamos el que vivimos, perderíamos todo ese impulso de dejar algo que perdure y que no se pierda en el primer suspiro de un océano. ○